

[Bolivian Studies Journal/RevistaE. Volumen 7 \(Issue 2\), Nov-Dic, 2008](#)

Dos textos de Jesús Urzagasti: "Rememoración" y "El Sueño de Mars Observer".

Rememoración

✉ Jesús Urzagasti, (Chaco, Bolivia) es escritor y ex-editor de Presencia Literaria y es autor de: *En el País del Silencio* (La Paz, 1987, 2006), *Tirinea* (1969), *Los Tejedores de la Noche* (La Paz, 1996), *De la Ventana al Parque* (La Paz, 1992), *Un Verano con Marina Sangabriel* (La Paz, 2001). *El último domingo de un caminante* (2003); *Un Hazmerreír en aprietos* (2005).

En el Día de los difuntos recordaré a Laura. No al conflictivo personaje de uno de los cuentos de Oscar Cerruto. Tampoco a Laura Bauer, la guerrillera que murió en Vado del Yeso, recuperada en un hermosísimo poema por la argentina Susana Molina. La Laura de los difuntos días de mi infancia apareció por la casa y se quedó allí dos semanas, un mes, no lo sé. Solía vivir con su madre en Campo Grande en una casa de barro cubierta de grandes árboles; en noches de surazo el jacarandá y la granadilla producían melodías tristes y repentinas como una revelación. Para el caminante, por supuesto.

Laura no hizo nada especial en la vida—tampoco le hacía falta—, salvo sonreír con una ternura sin nombre debajo del güarangüay, y morir a sus veinte años en una provincia argentina. Con su falda de franela y su blusa de tartán. Y sus ojos, que se llevaron imágenes que vuelven en los ojos de los enamorados.

Nada especial.

Pero es una persona muerta. Y con el primer muerto se configura un mapa para orientarse en el mundo de los vivos. Porque los seres vivientes rara vez sirven de brújula, con frecuencia estorban y, por lo demás, están privados de la serena mirada de los difuntos. En cambio con los muertos el mundo cobra relieve entrañable. Los geranios serían distintos si no los recordaran los muertos. Y la luna fosforescente sería un metal distante, inocuo, si no la alimentaran los sueños de los muertos.

Y un país es rumoroso e inolvidable porque lo habitan los muertos. Los muertos no le temen a nada. Ni a la muerte ni a la oscuridad. Menos a las balas. Será porque tienen la manía de retornar a la tierra a través de los sueños de los hombres.

Tantos muertos para que el lenguaje no se degrade. Tantos difuntos para la bienhechora soledad del solidario.

Tanta multitud de olvidados: los que perdieron la vida en noviembre de 1979. Marcelo Quiroga Santa Cruz, Pompilio Guerrero, Sergio Almaraz, Adrián, Froilán Tejerina. Tantos otros. El gordo y el infantil, haciendo fácil lo difícil de la retentiva.

El que decía *distiribintincuadriculada* sin tartamudear y lo fajaron en la Plaza Murillo. Y el que prefirió morir sin transar con los muertos en vida. Y el que está a punto de morir, merecedor de la revelación que la vida no comunica.

El que no conoció a Laura y, sin embargo, transita con ella en una geografía de sombras.

Transparentes e incognitos. Despojados de aniversarios y con luciérnagas en los huesos de las manos.

El sueño de Mars Observer

Mars Observer es una sonda espacial construida por los estadounidenses para echarle un vistazo a Marte. Tras arduas jornadas, los científicos de la Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio (NASA) pusieron en vereda a Mars Observer y la largaron al cielo con una misión precisa: mirar a Marte de atrás y de adelante, fotografiarlo de abajo y de arriba. Mars Observer no llevaba una pinche cámara: con ella podía captar un Volkswagen desde una altura de 375 kilómetros. Es de suponer que en Marte hay cosas más dignas de la curiosidad de una sonda espacial. Mientras la construían, la nave espacial no decía ni pío. Pero en cuanto tuvo la certeza de que una alta ingeniería la había provisto de una conciencia que podía diferenciar los planes de la NASA de los suyos, encontró que una cosa es ser chatarra en el planeta Tierra y otra muy distinta una reluciente sonda en los espacios estelares. Preparó sus élitros, removi6 sus innumerables datos computarizados y emprendió un vuelo que todos creyeron triunfal, y en verdad lo era, pues desde que recibió el biber6n en la cuna Mars Observer vivi6 obsesionada con la idea de otear el horizonte definitivo, el del infinito.

Entre construirla y amaestrarla para una delicada misi6n, la NASA había gastado mil millones de d6lares, suma que no es ning6n chiste incluso para los gringos, aunque para una nave espacial sea una bicoca, pues una sonda es eso: un hermoso ser que realiza el sueño humano de volar m6s all6 de los dominios de la imaginaci6n.

En lugar de dar vueltas en torno a Marte, Mars Observer sinti6 la tentaci6n de escabullirse, atraída por misterios de los que no tienen la menor idea los científcos de la NASA. —¡Qu6 Marte ni ocho cuartos! —dijo Mars Observer luego de sacar una fotografía de la Tierra para guardarla como precioso recuerdo del planeta donde fue construida.

Mientras la sonda espacial enfilaba hacia la boca del infinito, Arden Albes -jefe del proyecto de la NASA—grit6: "¡Es terrible! Desde el s6bado no sabemos nada de ella; ayer no se comunic6 con la torre de control, como asegur6 que lo haría. ¿Habr6 disparado sus propulsores para situarse en la 6rbita de Marte? ¡Ojal6 no cometa la locura de permanecer en silencio!" —¡Qu6 Marte ni carabina de Ambrosio! —repiti6 Mars Observer mientras tomaba mil fotografías de la Tierra y acometía finalmente una tarea que Arden Albes, en Pasadena, no había previsto: la exploraci6n del universo por cuenta propia, en un vuelo por primera vez aut6nomo y con el aliento de la eternidad. *
